

Antología de Justin J



Presentado por

Poemas del Alma 

Índice

Soy adicto

Desolado

Serpientes colectivas.

Soy adicto

Soy adicto a una droga: al pasado. Es vía mental y me la suministro cuando la soledad me habla en su lenguaje, maldito y aniquilante. Cuando un momento, una historia, una persona, o una fotografía carga reminiscencias de tragedias, amores perdidos en el tiempo pero no en la piel, o en el alma; reminiscencias de oportunidades no aprovechadas, de labios no apreciados, disfrutados, de amores fallidos por estupideces.

Siendo farmacéutico, me receto medicamentos que consumo en su preciso momento, en el lugar correcto para combatir mi adicción al pasado, la droga mental, la droga de los pensadores, la de los vivos.

Los días pasan con la velocidad de los vientos en las zonas del valle, las semanas llegan y los meses se acumulan y yo aún sigo aquí, con un enorme deseo de ser una fiera libre, libre para decir lo que los libres dicen; libre para parecerme un venado en una pradera, sin miedo y sin límites.

Sueño despierto, lo sé. Pero, es lo que me mantiene firme en tanta tristeza, en tanta frustración, en este hueco que parece un laberinto sin salida. Sueño que por fin encuentro la salida de este vicio, pero ¿qué habrá en el otro lado? ¿Seré libre como lo sueño o habrá un mundo que no conozco?

Escucho en los barrios, en los bares, en la calle, en voces lejanas que el pasado ya casi se acaba, que el presente está en el presente, y por lo tanto, es lo que se disfruta ahora. Observo a dos jóvenes a lo lejos fumando, bebiendo con mucho gozo y hablando del presente y de repente me siento distinto, renovado sin haberlo probado. Brillo, gozo, perdono, sonrío, siento paz, serenidad, amo. ¡Qué lindo es el presente, qué vigoroso! ¡Qué letal es!

Preciso del presente a todas horas para mí y para aquellos que siguen pegados al pasado, no hay mejor remedio para vivir a todo dar, para no tener lamentos, para dormir como muerto a todas horas.

Desolado

Mis ojos, hojas, casi muertos,
agrietados por el paso del tiempo que maltrata,
por abandono, por ser mudos,
que solamente se mueven,
lenguaje incomprendido,
por venenos que luego se tornan en ecos
que debilitan aún más,
como si fueran enredaderas.

Mis piernas no son troncos, sino ramas,
ramas que el verano quiebra,
ramas trozadas por aquellos
sembrados por la misma semilla.

Me acuerdo cuando mis brazos no eran ramas,
sino postes de gran utilidad
y luego los troncos, las hojas, las raíces,
y finalmente los troncos fueron acabados
hasta quedar en un puro desierto,
en un árbol como en verano
sin cuidados. Búscame,
encuétrame, necesito tus caricias,
en lo olvidado, debajo de lo ignorado,
mis savias necesitan de las tuyas.

Dame de tu piel y yo te daré la pieza
que te hace falta.

Serpientes colectivas.

Tengo secretos
que desvelan,
que enferman,
que envenenan.
Son culebras encarceladas,
silenciosas y voraces,
listas para huir.
La piel se eriza,
como si lo peor se hubiera escapado
y anduviera suelto,
buscando poner el mundo de pie.
Pero el mundo de pie
no lo quiero hoy ni mañana.
Yo soy amor,
hermano de Dios,
alma de bien.
Soy alegría,
literario,
canto que pone cuerpos a danzar.
Soy hombre de bien,
y siempre lo seré,
pero cargo con secretos
vestidos de culebra,
serpenteando en mi mente,
apretando mi pecho
cuando la noche deja brotar sus luces.
Camino entonces por un sendero,
respiro hondo,
intento soltar.
Pero veo sombras a lo lejos,
y comprendo que otros
viven el mismo infierno,

guardan peores culebras,
arrastran su propia carga.
El mundo es un lamento,
un desgarrador abismo.
Y yo, que soy amor,
que soy alegría,
no sé si podré sostenerlo todo.